

LADRONES DE VIDA

- Celso, tranquilo, que solo es un sueño - le decía Patricia a su novio mientras le zarandeaba por el hombro intentándolo despertar.

- ¿Qué?

- ¿Volvías a tener la misma pesadilla?

Con los ojos desenchajados, Celso respondió:

- Sí, cada vez se repite más. Deben ser los nervios de la boda. No sé a qué se debe. Es que... al volver de la luna de miel... pues tenemos un accidente. Creo que sales ilesa, pero yo, yo... No sé qué me ocurre. Me transformo en otra persona. Dejo de ser rico para ser un pobre dependiente en una tienda de un miserable pueblo que no conozco. Supongo que tengo miedo al matrimonio, comprometerme de por vida con otra persona. Tiene que ser eso.

Patricia, mientras le abrazaba tiernamente y sus labios se posaban en su frente tranquilizándolo, pensaba que difícilmente se casaría con un simple dependiente. Si él no fuera rico, si no poseyera una gran fortuna, allí iba a estar ella. No era tan guapo como para que le hubiese robado el corazón, ni tan inteligente, educado o agradable para que perdiese el aliento cada vez que hablara. Simple y llanamente: era rico, ese era su verdadero atractivo. Él no lo sabía. ¡Ingenuo!. Pensaba que ella sinceramente le quería. Bueno, en parte tenía razón. Quería todo su dinero y por tanto, indirectamente, le quería algo. ¿O quizás, esto no fuese más que un juego de palabras? ¿Qué más le daba a ella mientras pudiese disfrutar de una vida llena de todos los lujos posibles?

Él, a diferencia de ella, sí la quería. Se había enamorado tontamente como el poeta lo está de la luna, o el borracho del alcohol. Y, el amor, como bien dicen, es ciego, no dándose cuenta de no ser correspondido. No notaba el brillo de los ojos de la que llamaba su novia cada vez que le entregaba una nueva joya, un nuevo vestido, un nuevo coche. No estaba del todo equivocado al pensar que sus ojos brillaban de un amor abrasador, pero mientras él creía que la pasión que despertaba semejante infierno era su propia persona, lo cierto es que era el resplandor de las joyas o el color del dinero el carbón necesario para incendiar de pasión los ojos de su amada. Queriendo y sintiéndose querido se habían comprometido, casándose el fin de semana siguiente.

Y llegó el día de la boda. Ambos habían preferido hacer una boda lo más íntima posible. Él, a pesar de su condición, no era muy sociable, evitando siempre que podía los grandes acontecimientos, prefiriendo pasar un rato en la intimidad leyendo un buen libro antes que el bullicio de una fiesta. Si ella no quería que se le diera mucho bombo y platillo al acontecimiento no era por odiar ese tipo de congregaciones masivas de gente, sino que temía le reconociese alguno de sus anteriores enamorados. Se había encargado de arruinar a más de uno y pudiera ser le descubriesen el juego si alguno de sus anteriores víctimas la reconociese. Tenía que ser cautelosa hasta tener bien amarrada a su presa. Después de la boda ya no le podrían quitar nada. Además, Celso hacía todo lo que ella quería.

A la boda asistieron el mínimo número de personas: los novios, el cura, los padrinos y Jorge. Como se puede observar, ni Patricia ni Celso tenían familia, la primera por haber sido repudiada por ellos, mientras

el segundo por haberse quedado huérfano a la edad de cinco años. Es curioso cómo juega el destino con la vida de las personas al poner en contacto a dos caracteres tan diferentes.

La infancia de Patricia había sido muy difícil. Su madre, al ser abandonada por su padre antes de haber nacido la joven, tuvo que sacar a la familia hacia delante. Como por entonces, los medios anticonceptivos no eran muy conocidos, Patricia, mientras su madre trabajaba, se encontró a la edad de siete años con otros tres hermanitos a los que cuidar. Sin embargo, no recordaba con tristeza aquellos años, arropada como estaba por el cariño de su familia. Pero la situación, lentamente fue cambiando. Los niños fueron creciendo y metiéndose cada vez en más líos. Patricia misma hizo amistad con gente nada aconsejable, incitándola a todo tipo de humillaciones. Su madre, de estricta moral, le recriminó su comportamiento, aconsejándola, en principio, y obligándola, un poco más tarde, a deponer su actitud. La joven, como suele ocurrir en estos casos, hizo justo todo lo contrario de lo que querían obligarle a hacer. Y entonces descubrió su capacidad. El hambre agudiza el ingenio y despierta los sentidos. Al ser repudiada por su madre, se fue a vivir con uno de sus amigos. Y se admiró del poder que tenía sobre él. Poco a poco, fue depurando sus técnicas: sabía cuándo tenía que sonreír, cuándo dejar caer una lágrima, o cuándo simplemente sollozar. Sabía cuándo mostrarse cariñosa y cuándo enfadarse. De esa forma empezó a controlar a su amigo, y observó con placer que hacía todo lo que le pedía. Sorprendida, se preguntó si sería capaz de hacerlo con más chicos. Sin prisa pero sin pausa, Patricia fue experimentando nuevas técnicas, hasta culminar con la captura de Celso, el joven soltero más rico de todo el mundo de habla hispana.

Mientras que la infancia de Patricia había sido dura, teniendo que buscarse el sustento, Celso, lo único que podía echar de menos era el cariño de unos verdaderos padres. Su tutor legal se comportó perfectamente con él, dándole todos los cuidados requeridos en las distintas etapas de su crecimiento. Ingresó, como interno, en uno de los colegios más caros de toda Europa, donde sólo las familias más ricas podían tener acceso. No era muy sociable. Sus compañeros no se metían con él y él tampoco con ellos. Así fluyó su infancia, como el agua de un río a través de un gran cauce. Fácil, sin problemas. Llegó a pensar que todo el mundo era feliz, carente de preocupaciones.

Como se puede comprender la diferencia de carácter entre Celso y Patricia era muy grande. Uno, confiado, generoso, de carácter tranquilo, sin pensar mal de la gente, mientras que la otra hambrienta, desconfiada, pensando únicamente en no pasar hambre, en quedarse con lo de los demás, disimulando todo el día, intrigando. Una curiosa pareja, unida exclusivamente por un cuidadoso plan trazado por la mente astuta de Patricia.

No es que Patricia fuera mala chica, ni mucho menos. Simplemente, tenía hambre. No sé si se entiende lo que quiero decir. Todos somos buenos mientras no tengamos problemas. ¿Cómo hubiese sido Celso de haberse criado en el entorno de Patricia? Él no sabía lo que era tener el estómago vacío, lo que era quedarse en la calle, sin el apoyo de nadie, sino tan solo de algún amigo. Porque Patricia tenía un amigo de verdad.

Jorge era su único amigo, su verdadero amigo, la única persona por la que ella sentía algo. ¿Qué tipo de amor sentía la joven por él? Ni ella misma lo sabía. Pudiera ser amor de amiga, de hermana, de amante. No lo sabía, ni le importaba, lo único de lo que estaba segura es que tenía necesidad de verlo periódicamente, de hablar con él. Ambos se habían criado en el mismo entorno. Fue de hecho Jorge quien

la acogió cuando su madre la echara de casa. Fue él con quien descubrió la capacidad que tienen las mujeres de dominar a los hombres. Sexo débil, ¿dicen? Ni por todo el oro del mundo Patricia querría ser un hombre. Siendo mujer tenía todas las ventajas de ser hombre, pues podía poseer a quien ella quisiera, y ninguna de sus desventajas.

La boda fue sencilla y rápida.

Mientras salían los novios por la puerta, Patricia pudo ver el entarimado húmedo en el lugar en donde había estado Jorge. ¿Había llorado de alegría o de tristeza? La joven se sonrió y continuó adelante como si no hubiese visto nada.

La luna de miel no fue tan pomposa como mucha gente hubiese esperado. Patricia, al no haber salido nunca de su ciudad natal, había convencido a su recién marido de recorrer Europa en coche. Como ninguno de ellos tenía que trabajar podían alargar su luna de miel todo lo que ellos quisiesen. Recorrieron Francia rumbo a Inglaterra. De ahí pasaron a Irlanda, volviendo por Escocia pasaron hasta Suecia, Finlandia, países del este... Ambos disfrutaron del viaje. Mientras Celso saboreaba las mieles de su amor, Patricia se deleitaba admirando culturas desconocidas para ellos.

- ¿Te encuentras bien? - preguntó Patricia un poco asustada por el cambio repentino que había experimentado el color de piel de su marido momentos antes, mientras iban en el coche de regreso a su casa.

- Sí, sólo he tenido una sensación extraña. Es como si esto ya lo hubiera vivido.

- Claro que ya lo has vivido. Llevamos más de tres meses metidos en el coche, es normal que una carretera te recuerde a otra.

- No, no es eso. La sensación... es que... déjalo, es una estupidez.

- A ver. ¿Qué es lo que te pasa? Cuéntamelo, anda.

- Olvídalo.

Viendo que su marido no tenía intención de hablar, Patricia guardó silencio. Incluyó un poco más hacia atrás su asiento y cerrando los ojos fingió dormirse, si bien en realidad no perdía detalle de las reacciones de su acompañante. Celso cada vez se encontraba más nervioso. Las aletas de su nariz, dilatadas; las pupilas de sus ojos, contraídas; sus manos, siempre secas, impregnaban el volante de un sudor tan espeso que Patricia tenía miedo se le quedasen pegadas y le impidiesen conducir correctamente; sus hombros, habitualmente relajados, parecían estar desencajados; como siguiera así Patricia temía seriamente por su salud.

- ¡Vamos a morir! - gritó Celso, viéndose imposible de guardar silencio por más tiempo. ¡Es como en mi sueño! En la siguiente curva... la siguiente curva... aparecía un camión, perdía el control y nos embestía. ¡Vamos a morir! ¡Vamos a morir!

- ¡Cálmate! ¡No digas tonterías! Estas cansado de tanto conducir. Si quieres en la próxima estación de servicio descansamos un rato. No tenemos prisa.

Mientras Patricia decía estas palabras el coche giró la curva temida. Celso, con la cara descompuesta gritó de terror: un camión se acercaba hacia ellos. Se volvió mirando a su mujer en un último intento de encontrar apoyo. Patricia, al ver que su marido no miraba a la carretera, se asustó. Con la mano le indicó que mirase hacia delante, pero él la ignoraba. Cada vez más nerviosa, temiendo sinceramente tener un accidente, no porque el camión les fuese a embestir sino porque su marido no miraba donde tenía que

mirar, le gritó a Celso que mirase a la carretera. Celso, aterrado, la ignoró. Ella agarró el volante. Él le quitó las manos. El volante giró. Dos vueltas de campana. Ver la cara ensangrentada de su mujer, ser consciente del alcance del accidente, fueron los últimos sentimientos que Celso tendría en vida.

- Recógelo todo y réunete conmigo cuanto antes - dijo un hombre a su compañera en la entrada de una habitación. Es mejor irnos y usar lo sucedido como experiencia para el futuro. La próxima vez no tendremos tantos problemas.

Y diciendo esto el hombre salió del cuarto cerrando la puerta tras de sí.

La habitación era muy pequeña, apenas si entraba una mesilla a ambos lados de la cama. La joven, vestida de negro, sacó del bolso unos papeles y con mucha atención se puso a leer. Mientras leía un observador imparcial no habría podido discernir si la joven sentía tristeza, alegría, desencanto o cualquier otro tipo de sentimiento. De vez en cuando tosía, e incluso hubo en una ocasión en que dio la impresión de aparecer una lágrima en sus ojos, si bien, dicha lágrima nunca llegó a nacer. En otra ocasión unos habrían dicho que brillaban de alegría, mientras que otros de astucia. Un rostro difícil de leer, acostumbrado a mostrar sentimientos no existentes.

La carta, pues eso era precisamente lo que se encontraba leyendo, decía así:

>> Estimado Sr.:

>> Quiero dejar constancia de los hechos que han ocurrido sobre mi persona. No sé si los acontecimientos de los últimos días son reales o productos de una mente enfermiza. Desconozco si estoy loco o no. Ojalá no lo esté pues, al finalizar esta carta, tengo intención de asesinar a una persona. Si realmente estoy loco, cometeré un crimen imperdonable. Si no lo estoy, como creo, ruego a Dios no le ocurra lo mismo que me ha ocurrido a mí a ninguna otra persona. Sea como sea, el asesinato es premeditado. No tengo intención de huir, todo lo contrario: pienso entregarme. Podrán recoger mi cuerpo exánime, aunque supongo que no les servirá de nada. Antes tenía una vida que vivir, ahora... ahora, ya no me queda nada. Mi único deseo es acabar con todo. Estoy harto. Me encuentro dentro de un cuerpo que no es el mío. Me miró en el espejo y no reconozco la imagen. Miró mis gruesas manos y me pregunto ¿de quién son? Este que escribe no soy yo. La casa donde resido no es la mía. Carezco de corazón, y últimamente dudo hasta que mis pensamientos sean míos, como si un ser superior estuviese manipulándome, sugiriéndome lo que debo pensar, lo que debo sentir. Muchas veces me he preguntado si las Musas nos inspiran o lo que hacen es obligarnos a pensar como ellas piensan. ¿No es acaso su esencia la que el pintor deja plasmada en el cuadro? Pero lo que más me apena de todo esto, es que quizás, no sean más que elucubraciones de mi mente enferma, y que si rechazo mi cuerpo no sea porque no sea mío sino porque nunca quise ser así. Que quiero huir de mi propia realidad y ser otro. Pero me estoy desviando del tema que origina esta carta.

>> Lo primero que tendría que hacer es presentarme, ¿verdad? Todo el mundo sabe quien es, ¿no? Pues riase si quiere, pero yo no lo sé. Padezco de amnesia desde hace unos días. Bueno, no es del todo correcto puesto que he ido recuperando la memoria poco a poco. Pero algo no funciona dentro de mi cabeza puesto que mis recuerdos no son los de la persona que le escribe sino los de otra persona que ya murió. Pero estoy adelantando acontecimientos. Siento no saber contar una historia pero nunca antes en la

vida había escrito una carta. Carezco de estudios (bueno, eso me han dicho), aunque hablo perfectamente inglés y francés. Lo más curioso del caso es que según la gente que conozco nunca estudié idiomas.

>> ¿Cuáles son mis primeros recuerdos?

>> Recuerdo, como si de un sueño se tratase, oír a una voz dentro de mi mente.

- Despierta - decía. Despierta, Mario, despierta.

- ¿Por qué no despierta? - dijo una voz de mujer que me hizo vibrar de emoción. ¿Qué le has hecho para que no despierte? ¿No decías que estabas seguro de lo que hacías?

- Y lo estoy. Simplemente, se ha quedado más dormido de lo normal. Dame un poco de tiempo, no te impacientes.

>> Y, luego, recuerdo sentir cómo un pinchazo electrificante, nacido en mi brazo derecho, recorrió todo mi cuerpo. Un profundo sueño se apoderó de mi consciencia, sueño del que jamás tenía que haber despertado pero del que, muy a pesar mío, desperté.

>> ¿Dónde me encontraba? ¿Qué fueron lo que vieron mis ojos cuando las cortinas de los párpados fueron recorridas? Recuerdo haber visto una esquina de una mesilla vieja. La chapa del canto estaba suelta. Mis ojos pasaron de la mesilla a un armario empotrado.

- Qué armario tan pequeño - recuerdo haber pensado.

>> La ventana parecía competir en pequeñez con el resto del mobiliario. No sé, me encontraba extraño. Era como si fuese un gigante en un mundo de enanos. Y, salvo una lámpara encima de la mesilla, no había más mobiliario en toda la habitación.

- Una austeridad - pensé - digna de un ermitaño.

>> Cuando me incorporé para levantarme, mi cabeza se convirtió en una noria. Obligado a permanecer en la cama, esperando que desapareciera el dolor de cabeza, me deje llevar por una infinidad de pensamientos.

>> No recordaba donde estaba, ni por qué estaba allí. Bueno, eso no habría sido muy problemático si no fuese porque tampoco recordaba cómo me llamaba. No es que me importase mucho mi nombre, pero la sensación de desazón que se siente al ignorar el propio nombre, la edad, dónde vives, si estas casado o soltero, si trabajas o no, resulta bastante difícil de describir. Pero ahí no quedó la cosa.

>> Que había perdido la memoria era algo evidente. Pensar, podía pensar. Bueno, no lo había olvidado todo. Habría sido bastante peor si hubiese perdido también la capacidad de pensar. Pero ¿y hablar? ¿Seguiría siendo capaz de hablar? Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo al plantearse la posibilidad de haberlo olvidado. Tímidamente mis labios se movieron, y entre ellos, una bocanada de aire al salir pareció pronunciar un hola. Buf, parecía que por lo menos hablar sí que podía.

>> Como todavía era incapaz de incorporarme por culpa del mareo, mareo que atribuí a tener la tensión bastante baja (no sé por qué, pero sabía que desde siempre había tenido este tipo de problemas), opté por intentar averiguar cosas del sitio donde me encontraba. La mesilla quedaba justo al lado de la cama, no planteando ninguna dificultad ir abriendo los cajones para inspeccionar su contenido.

>> Alargo mi mano, agarró el pomo de un cajón, tiró de él hacia fuera y entonces lo veo por primera vez. ¿Qué es eso? No es posible que eso sea mi mano, tan gruesa, tan belluda, tan... tan... sí, tan asquerosa. Las uñas están sin arreglar, todo sucias, llena de padrastrós. Las acerco para verlas mejor, las miró por las palmas, por el dorso, no las reconozco. Esos dedos tan gruesos, tan cortos, ¿son los míos?

Las yemas no son suaves ni delicadas, sino ásperas. Las palmas están llenas de callos, el dorso, de pelo. Esas manos no son las mías. No pueden serlo. Pero, ¿cómo negar la evidencia? Son mías, están allí, no es un sueño. Son las manos con las que escribo estas palabras, las manos que sujetan el bolígrafo que vuela contando estos tristes acontecimientos. Son mías, es imposible negarlo. Y, sin embargo...

>> Después de sobreponerme al susto de observar por primera vez mis manos continúe la labor empezada de registrar todos y cada uno de los cajones de la mesilla. Encontré lo que se suele encontrar en muchas mesillas. Mudas, pañuelos, unas gafas... Encontré una especie de medallón de oro. Lo saqué, y después de inspeccionarlo por fuera (tenía la letra m grabada en su exterior), lo abrí para ver el contenido.

>> Dios, ¿cómo explicar el vuelco que me dio el corazón cuando lo vi, allí, mirándome? Una de las tapas interiores del medallón estaba forrada por una fotografía de una mujer joven, muy hermosa. La otra era un espejo en donde pude ver reflejado el rostro de un extraño. ¿Quién era ese que me miraba? No reconocía nada de mí mismo. Unos ojos brillantes me miraban con temor, asustados, desde las profundidades del espejo. Era como si me pidiesen ayuda para rescatarlos, sacarles de esa cara regordeta a la que no pertenecían. Porque sólo reconocía a mis ojos. Nada más. El resto, los mofletes, los labios gruesos, las entradas de mi pelo, pertenecían a otra persona. No eran míos.

>> No sé cuánto tiempo estuve tumbado en la cama observando mi reflejo en el metal pulido. Por más que miraba, no me reconocía. Yo no podía ser ese. Tenía que estar equivocado. El espejo debía estar trucado. O quizás estaba durmiendo, inmerso en una pesadilla demasiado real. Sí, esta tenía que ser la explicación. Todo no era más que un sueño. Por eso me mareaba cuando intentaba levantarme de la cama, por eso mis manos y los rasgos de mi rostro no eran míos, por eso no conseguía recordar nada de mi vida. Todo era un sueño. Esa era la única explicación posible. Cuando lo entendí todo, me quedé dormido, sabiendo que despertaría en mi cama, con mi cara y mis manos, y con mi verdadera vida.

- ¿Todavía no estas despierto? Venga, anda, levántate, que no tengo intención de cuidarte mucho más tiempo.

>> La voz que me hablaba me resultaba familiar. Lentamente mis ojos se abrieron y pudieron contemplar a una de las jóvenes más hermosas. Al instante la reconocí como la chica del medallón. El medallón... Bruscamente mis ojos devoraron cada una de las esquinas de la habitación en la que me encontraba. Buscaron mis manos. No estaban. Bueno, sí, si es que esas manos regordetas sujetas a mi cuerpo eran mías. No era una pesadilla como había pensado, sino que todo era real. Al ver una lágrima deslizarse por mi mejilla, la joven se acercó, y abrazándome tiernamente me susurró al oído:

- Siento lo que ha pasado. No era más que un juego.

- ¿Un juego? - pregunté. ¿Lo qué?

- Qué va a ser, la sesión de hipnotismo. Estábamos jugando, nada más, pero algo debió salir mal y confieso que hubo un momento, cuando no despertabas, que me asusté de verdad. Al principio, pensaba que nos estabas tomando el pelo, pero después... la cosa cambió. Aunque como dijo el hipnotizador, después de dormir bien toda la noche te encontrarías en perfecto estado. Y, así ha ocurrido. ¿Qué tal te encuentras hoy?

- No sé quién eres - le espeté bruscamente. No conozco esta habitación, no recuerdo cómo me llamo, ni siquiera si tengo familia o estoy sólo. No recuerdo nada. Tú voz, quizás... Pero, no. No son más que imaginaciones mías. No, no me mires con cara de asombro. De verdad, no sé ni quién eres tú, ni quien soy yo. Quizás tú puedas ayudarme un poco a recordar.

- ¿En serio que no te acuerdas de nada? ¡No digas tonterías! Ya estas otra vez con tus bromas. Un día, te van a traer problemas.

>> ¿Bromas? ¿Tonterías? Como si yo tuviese ganas de reírme. Después de insistir durante un buen rato en que no recordaba nada de nada, parece ser que comenzó a creerme. Lo que me contó fue lo siguiente:

- Somos amigos desde la infancia. Yo vivo en Nueva York y he venido unos días para ver a mi familia, nada más, volviéndome a marchar dentro de una semana. Como somos tan buenos amigos no podía por menos que venir a saludarte. Durante las dos semanas pasadas te has comportado normalmente, como siempre, muy atento y encantador. Confieso que lo paso bien contigo. Nunca has creído en los hipnotizadores ni en la gente que dice ser capaz de dominar las mentes de los demás, por eso, cuando la semana pasada apareció un anuncio de la visita de un gran hipnotizador te provoqué para que abandonaras tu mente en manos del, según tú, charlatán. Fuimos a verle y aceptó encantado tu oferta de dejarte hipnotizar. Te sometió a las sesiones habituales para determinar si sería posible que cayeras en trance durante el espectáculo, y viendo que serías fácil de dominar (no me mires así, sólo es una forma de hablar), no dudó en aceptarte para el día señalado. Ayer fue ese día.

- Al ser éste un pueblo pequeño, donde no se suelen ver éste tipo de cosas todos los días, salvo, quizás, por televisión, el lleno estaba garantizado. Acudió todo el mundo. Los viejos para pasar la tarde, y los jóvenes para divertirse un rato. Tú estabas tranquilo, confiado, pensando que no sería capaz de llevar a cabo lo que decía. Lo que pretendía el hipnotizador era que te poseyera una persona ya muerta, y a través de ti, poder comunicarnos con ella. Serías una especie de medium. Pero no le salió bien. Te durmió con bastante facilidad, e incluso, comenzaste a hablar como si fueses otra persona, pero nada. Resultó ser un fraude. Lo único que realmente consiguió fue que te quedarás profundamente dormido y que el público soltará una tremenda carcajada viendo su fracaso. Aunque, ahora, que me dices que has perdido la memoria, parece ser que te afectó bastante. Quédate aquí, no salgas a la calle. Voy a buscarlo. Me parece que se marchaba después de comer. Le pediré que venga y te ayude. Seguro que puede hacerlo. No te preocupes.

>> Y, diciendo esto, salió de mi habitación. Pude oír cómo corría escaleras abajo.

>> ¿Así que esa era la explicación a mi pérdida de memoria? ¿Estaba amnésico por culpa de un charlatán de feria? Y, luego, estaba eso de la posesión. Quizás... quizás... pero, no, no tenía sentido. Una idea absurda comenzó a rondar mi mente, una idea estúpida, imposible, pero que explicaría todo lo que me estaba ocurriendo. Pero mi razón me decía que no podía ser. Que eso era absurdo. Eso solamente puede ocurrir en las películas, pero nunca en la realidad.

>> Un poco antes de que transcurriera una hora desde que se fuera la joven de mi habitación, entraba de nuevo por la puerta junto con el hipnotizador. Después de un seco hola por ambas partes, sin preguntarme siquiera si realmente estaba amnésico, me pidió que me recostara en la cama, me relajara

para permitirle llevarme de nuevo al estado de trance. Habló lentamente, con voz pesada, intentando penetrar en lo más profundo de mi ser. Y habló, y habló, y no ocurrió nada. Mi espíritu no se adormecía, no cedía en sus manos para permitirle que lo manipulase. Mi consciencia se revelaba declarándose independiente, negando la posibilidad de ceder ante la voluntad de otra persona. Confieso no haberme sorprendido al no poder ser hipnotizado. Lo esperaba. Me resultaba extraño tener tan poca fuerza de voluntad como para abandonarme por completo en manos de otra persona.

>> Sin embargo, el hipnotizador no pensaba de igual forma. Su voz, inicialmente tranquilizadora, suave, incitando continuamente al sueño, se trocó en áspera, nerviosa. Poco a poco fue perdiendo el control, impacientándose al notar no tener efecto alguno sobre mí sus palabras. Una vez seguro de su fracaso, habló de la siguiente manera:

- No puedo. No consigo hipnotizarle. No es él. Resulta difícil hipnotizar a una persona que nunca haya sido hipnotizada, pero una que ya ha sido... estas personas se vuelven más y más sensibles a mi voz, siendo cada vez más sencillo hacerlas caer en trance. A mi entender, la única explicación posible es que ya no se trata de la misma persona.

>> ¿Qué no se trataba de la misma persona? Pero ¿qué tonterías estaba diciendo?

- Tengo una actuación esta tarde - continuó mirando el reloj. Me tengo que ir. Usted no se ha quedado amnésico, simplemente, se ha producido una posesión. Usted, lo más seguro es que haya muerto y haya poseído el cuerpo de otra persona (vale, confieso, todo ha sido culpa mía, fue un pequeño error de mi sesión de hipnotismo, pero ¿qué van a hacer? ¿Denunciarme a la policía?). Seguramente que le resulte extraño el cuerpo en que se haya. Pero el proceso no tiene vuelta atrás, o por lo menos si existe yo la desconozco. Lo mejor que puede hacer es acostumbrarse a su nueva vida, y olvidarse si alguna vez fue otra persona. Que esté amnésico es normal. El shock producido en su mente al encontrarse en un cuerpo desconocido tuvo que ser muy fuerte. No creo que recupere la memoria, pero si nota que la recuperase, lo mejor que puede hacer es olvidarlo todo. Nunca recuperará su anterior vida, fundamentalmente porque ha muerto. Aproveche esta segunda oportunidad y disfrute. No, no se moleste, no es necesario que me acompañe. Conozco el camino, gracias.

>> Y, diciendo esto, salió de la habitación, dejándome a solas junto con mi amiga.

>> ¿Cómo describir mis sentimientos en aquel momento? Había dado en el clavo. Yo sabía, como había comentado el hipnotizador, que mis manos y mis rasgos no eran míos. Mi espíritu se había metido de ocupa en un cuerpo que no era el suyo. Y todo por... ¿Cómo había dicho? Ah, sí, por un pequeño error en su sesión de hipnotismo. ¿Un pequeño error? Si estaba amnésico y reconocía mi cuerpo como el de un extraño, era por culpa de ¿un pequeño error? ¿Qué hijo de puta!

>> Cuanto más me paraba a pensarlo más rabia sentía. ¡Si sería cabrón! Me destrozaba la vida y se reía en mis propias narices diciéndome que no podía hacer nada, sino simplemente aguantarme. Pero lo que más me jodía era que tenía razón. ¿Acaso podía ir a la policía para decirles que estaba... poseído? Bueno, poseído, precisamente, no, puesto que según el hipnotizador mi espíritu era quien poseía el cuerpo. Más que poseído, era el poseedor. Yo era el ocupa. No podía hablar con nadie sino quería que me tomasen por loco. Nadie me creería. La única persona conocedora de mi situación era la que decía ser una amiga mía desde la infancia. ¿Amiga mía o del que morase con anterioridad mi cuerpo?

>> Quizás me estuviese precipitando. Había dado por exactas las palabras del hipnotizador y seguramente no fuese más que un miserable charlatán de feria. A lo mejor se trataba de una cruel broma. Quién sabe, ¡la gente es tan graciosa! Pero, no. Todo parecía encajar.

>> Bruscamente, me incorporé, y sacando el medallón del cajón de la mesilla, lo abrí para observar con más atención los rasgos de mi cara reflejados en su espejo interior. Nada, no reconocía nada. Un extraño me miraba desde el otro lado del espejo. Y, sin embargo, sus ojos... sus ojos, sí que los recordaba. ¿Acaso los ojos reflejan el espíritu de las personas? Eso explicaría que los reconociese. Era extraño ver mis ojos enmarcados por un marco desconocido, arrugado, feo. Sí, feo. De repente lo sentí, sentí que yo era delgado. ¿Delgado? ¿Un delgado dentro de un cuerpo de un gordo? ¡Qué estupidez! Estaba delirando.

>> Mientras mi espíritu se debatía en este tipo de pensamientos, la joven permaneció en silencio, sin dejar de observarme. Era como si quisiese penetrar en lo más profundo de mi ser. Yo al principio, la miraba sin verla. Al cabo de un rato, me di cuenta. Había algo que no encajaba en la explicación del hipnotizador. Yo no podía estar poseído. Reconocía a la chica. Me sonaba su cara, su voz, tenía un aire demasiado familiar. Me encontraba demasiado a gusto en su presencia. Pero si yo era otra persona, no podía reconocerla. Algo raro estaba ocurriendo. Algo no encajaba. Tenía que averiguarlo.

- Al no recordar nada de mi vida - le comenté - sería necesario me informases de mi situación. ¿Cómo me llamo? ¿Cuántos años tengo? ¿Trabajo? ¿Estudio? ¿Tengo familia? ¿Qué tipo de cosas suelo hacer? ¿Qué gente conozco? Y todo este tipo de cosas que definen el carácter de una persona. Supongo, que si somos amigos desde la infancia, me tienes que conocer bastante bien.

- ¿De verdad que no te acuerdas de nada? - preguntó con un tono de voz muy afilado, como si con ello pretendiese penetrar en lo más profundo de mi ser.

- No, de nada.

- No hay mucho que contar. Tampoco se puede decir que tengas una vida muy apasionante. Te llamas Mario, tienes 34 años, eres dependiente de una tienda de electrodomésticos, no estas casado y no tienes novia, por lo menos que se conozca. Tienes los estudios básicos. Como puedes observar mirando tu cuerpo, no haces deporte. Y cuando tienes tiempo libre, pues lo sueles pasar viendo la tele o en el bar, jugando la partida. Básicamente, ese eres tú. Ah, sí. Te relacionas muy poco, y careces de familia. Se puede decir que las únicas personas con las que tienes contacto es conmigo y con tu jefe. Con nadie más. Eres un poco huraño. ¿Alguna pregunta más?

- No, gracias. ¿Me puedes dejar solo?

- Sí. Estaré como mucho un par de semanas, seguramente algo menos. Luego tengo que volver a Nueva York. Toma, este es mi número de teléfono. Para cualquier cosa que necesites, llámame. Los amigos estamos para esto. Y, si ves que no recuperas la memoria, vete al médico.

- Gracias.

>> Pasé una tarde muy mala. Dudaba mucho sobre mi propio ser, no sabía quién era. Recorrí toda la casa: no reconocía nada. Si no fuese por culpa del hipnotizador, habría atribuido todo ello como una consecuencia natural de la amnesia, pero por su culpa la idea de la posesión no me abandonaba. Después de recorrer kilómetros sin apenas moverme del sitio, salí a pasear. Y, ocurrió lo mismo que me había ocurrido horas antes. Las calles, las tiendas, las personas, todo era desconocido para mí. No pertenecía a ese lugar.

>> Entré en un bar, pedí un refresco, y me senté a escuchar sin oír las canciones que la radio emitía en ese momento. Sin quererlo me encontré tarareando una de ellas. Su letra era muy bonita. Hablaba de amor. De un joven que se enamora de una chica, de sus sentimientos, de... Pero, espera un momento. ¡Si está en inglés! Pero ¿no se supone que yo no tengo estudios? ¿Cómo es que entiendo la letra de la canción? Presté más atención. Luego pusieron una canción en español, cuatro en inglés, y una en francés. Y sucede lo mismo. La entiendo perfectamente. Osea, que soy capaz de comprender el inglés y el francés. ¿Podré hablar más idiomas? Pero según mi amiga de la infancia carezco de estudios.

>> Al rato suena una canción en alemán. No la entiendo.

>> Sorprendido de mis conocimientos, me pongo a mirar el telediario. Vaya, están hablando de la bolsa. El tema me interesa. Presto la máxima atención. Comienzo a pensar cómo ha evolucionado la bolsa en los últimos años. Menos mal que estoy bien asesorado, sino iba a haber perdido mucho dinero. Según Patricia, hice bien en ponerme en manos de extranjeros en lugar de españoles. Lo que no sabe es que si mis asesores tienen nombres extranjeros es por pura cuestión de marketing. Son todos madrileños, como yo. Patricia...

>> Pero ¿de qué estoy hablando? ¿Asesores? ¿Perder mucho dinero? Pero ¡si el sueldo de un dependiente a duras penas da para vivir! Y, ¿Patricia? ¿Quién es Patricia?

>> Todos estos pensamientos, recuerdos, o lo que fueran me incitaban a creer más en la posesión. Necesitaba averiguar más cosas. Si pudiese encontrar a esa Patricia... pero sería muy difícil sin recordar más datos de ella. Los asesores... esos seguramente sería más fácil. Tenía dos datos importantes: eran madrileños y tenían un nombre extranjero, lo más probable que inglés. En la guía podría encontrarlos.

>> Después de pagar mi consumición, salí del bar y corriendo más que andando, regresé a, llamémoslo así, mi hogar. Encontré la guía de teléfonos y comencé a buscar.

>> ¿Cómo explicar el desencanto que sentí al darme cuenta que hasta ese momento ni siquiera conocía el nombre del pueblo dónde me encontraba? Al ver la guía está idea me abofeteo la cara. En lugar de encontrarme en Madrid (no sé por qué pero siempre había dado por supuesto que esto era así), me hallaba en un pueblecito de Cuenca. Ni siquiera tenía una guía de la capital española para poder buscar asesorías de bolsa. Bueno, pero podría buscarlo en internet.

>> ¿Internet? Qué gracioso que una persona que no tiene ordenador hable de internet. Por más que busqué y rebusqué en mi casa no encontré uno. ¿Cómo explicar el sentimiento de impotencia al darte cuenta de ser incapaz de llevar a cabo las cosas más triviales? Daba por supuesto el poder tener acceso a un ordenador y carecía de él. Daba por supuesto ser capaz de volver corriendo desde el bar, situado a poca distancia, hasta mi casa y a medio camino tuve que pararme jadeando, incapaz de continuar con ese ritmo. Es como si hubiese supuesto encontrarme en buena forma física.

>> Salí a la calle buscando un locutorio donde poder encontrar una guía de Madrid, cuando noté que ya era demasiado tarde. Frustrado volví a mi *hogar*, y dejándome caer en la cama, rompí a llorar. ¿Por qué lloraba? ¿Por impotencia, quizás? Temía estar volviéndome loco. En ese momento, solo, en mi habitación, iluminada tenuemente por la luz que penetraba por la ventana procedente de una farola, en completo silencio, sentía como un absurdo el haber considerado en serio la idea de la posesión. Simplemente, la idea era estúpida. Pero si no estaba poseído ¿qué me estaba ocurriendo? Joder, que era verdad que entendía el inglés y el francés. Eso era un hecho. Lo del asesor de bolsa podría ser resultado

de mi imaginación. Quizás hubiese oído hablar de ellos por la televisión y por, vete tú a saber qué mecanismos de mi mente, ahora los consideraba como pertenecientes a mi propio pasado. Pero no podía olvidar el hecho de encontrarme amnésico. Era claro que en mi mente había ocurrido algo raro. Perfectamente podría haber pasado que hubiese mezclado cosas vistas en el telediario con mis recuerdos. Pero ¿cómo explicar que entendiera otros idiomas si se suponía que no tenía estudios?

>> Todas estas ideas me estuvieron atormentando, hasta que Morfeo tuvo a bien llevarme entre sus brazos. Aunque, parecía estar escrito que ni siquiera el sueño traería paz a mi espíritu.

>> Esa noche, soñé, y soñé mucho, quizás demasiado para mi gusto. Demasiados recuerdos o demasiadas fantasías. Demasiado de todo.

>> Por la mañana había tomado una decisión. Tenía que averiguar quién o qué era. Pero al encontrarme solo y necesitar apoyo, aunque sólo fuera moral, llamé a mi supuesta amiga de la infancia. Digo supuesta, porque con la luz del día, la idea de la posesión había recobrado mucha fuerza. Y si realmente, como creía, era el ocupa de un cuerpo, mi amiga no era amiga mía, sino del anterior residente de mi actual cuerpo. Pero era la única persona a la que conocía y además había escuchado las palabras del hipnotizador.

>> Se presentó en mi casa a las tres, para tomar un café, según habíamos convenido en mi llamada de teléfono. Después de las palabras de educación correspondientes, sobre mi estado de salud y demás, cuando nos hubimos sentado en el sofá con sendas tazas de café entre nuestras manos, le expliqué lo que pensaba sobre lo que me estaba ocurriendo:

- ¿Sabes que habló inglés y francés?

>> Muy fuerte debió ser la impresión que le causaron mis palabras, pues a punto estuvo de caérsele la taza de entre sus manos.

- No, no lo sabía - respondió. Nunca me lo habías dicho. Ni siquiera sabía que hubieses acudido a clases.

- Pues sé hablarlos, o por lo menos, los comprendo a la perfección. He estado pensando mucho sobre lo que me está ocurriendo desde que te fuiste. Y he recordado muchas cosas. Todo parece encajar. El hipnotizador tenía razón. Estoy poseído. Más bien, todo lo contrario. Yo poseo a otro cuerpo. Yo no soy tu amigo de la infancia. Soy otra persona, muy diferente. Tengo estudios, no me preguntes cuales, porque todavía no lo tengo muy claro. Sé mucho sobre economía, aunque sospecho que todos son conocimientos teóricos, ninguno práctico. Tengo la sensación de estar acostumbrado a mandar. Creo, y no te rías, que soy rico. Anoche he soñado, y soñado mucho. Son recuerdos, lo sé, no me preguntes por qué, pero lo sé. Me he visto en el instituto, con mi tutor, en una mansión en Madrid. He recordado las vacaciones en Acapulco, los cruceros, la diversión. Mi vida siempre ha estado rodeada de todo tipo de lujos. Nunca tuve carencia alguna. Eso es lo que he recordado. Y entre mis recuerdos he encontrado uno que me va a permitir comprobar si lo que digo es algo real o producto de una mente enferma. Recuerdo una dirección en Madrid. Creo que es mi casa. Voy a ir a comprobarlo. Quiero saber quién soy. Sólo quería explicarte lo que me ha ocurrido. Nada más. Para que sepas que tu amigo de la infancia ha desaparecido. Desconozco si se encuentra dormido en mi interior, si ha muerto, o si ha ido a poseer otro cuerpo. A lo mejor él se encuentra poseyendo el que es mi cuerpo. No lo sé. Si es así, espero averiguarlo.

>> La joven guardó silencio durante unos instantes.

- No deberías ir - dijo. Piensa, que si es como tú dices y no eres quien yo pienso que eres, sino otra persona, no tienes ninguna forma de demostrar que tú eres quien dices ser. Tu cuerpo es distinto, tu voz es la de otro, nadie te va a reconocer. Somos lo que los demás ven. No vas a poder recuperar tu vida. Es mejor que olvides todo lo que me has dicho, y creas sinceramente que eres Mario, un dependiente de una tienda, que por culpa de un hipnotizador ha tenido durante un día aires de grandeza. Pon los pies en la tierra, Mario. Sinceramente, tu mirada es la de un loco. No quería decírtelo, para no hacerte daño, pero me preocupas. Todo lo que me has dicho no son más que tonterías. Si sigues con ello hacia delante, lo único que vas a conseguir es hacerte más daño. No lo hagas. Olvídate de todo ello. Eres Mario, toda la vida has sido Mario. Olvídate de tus aires de grandeza y vive la vida que tienes lo mejor posible.

- No, Patricia. Tengo que ir y comprobarlo.

- Me llamo Ana, ¿por qué me llamas Patricia?

- Lo siento, me he confundido. Creo que mezclo recuerdos de Mario con mis propios recuerdos. Patricia es mi novia, y creo que a Mario siempre le has gustado. Tiene una foto tuya en un medallón.

- Escúchate a ti mismo, por favor. Tus palabras son de locura. ¿Mezclar recuerdos? No digas tonterías. Si realmente, como piensas, posees un cuerpo, nunca se mezclarían los recuerdos. Olvídate de todo por favor. Me da mucha pena verte así.

- No puedo, Ana. No puedo hacerlo. Tengo que saber quién soy.

>> Seguimos hablando durante un buen rato. Yo insistiendo en mi posesión, ella insistiendo en mi locura. Pero nada ni nadie me haría cambiar de idea.

>> Al día siguiente cogí el autobús rumbo a Madrid. Un taxi me llevó a la dirección indicada. Llamé. Nadie contestó. Entré y pregunté al portero por el piso. Al tratarse de un piso en venta, cosa que me sorprendió bastante, me dio todo tipo de detalles. Se debía aburrir mucho pues se explayó contándome lo triste de la muerte de su dueño. Era un chico joven. Recién casado. Había muerto al volver de la luna de miel. Un accidente de tráfico. Algo terrible. Lo tenía todo: juventud, salud, dinero, una esposa joven y guapa. Pero murió. Hacía cosa de un mes que había muerto. La esposa, como no quería tener malos recuerdos, habían pasado muchas tardes en ese piso, quería deshacerse de él. Pobre mujer. Aunque ahora no tan pobre, pues había heredado toda la fortuna de su esposo. Pero se la veía desconsolada.

>> Mis piernas temblaban mientras escuchaba los detalles dados por el portero. Estaba hablando de mí. Lo sabía. Mis recuerdos iban tomando forma según oía sus palabras. Cuando mencionó mi nombre, Celso Martín González, tuve que apoyarme en la mesa de la portería para no caerme. Su esposa se llamaba Patricia. Recordé el día de la boda, lo bien que nos lo pasamos en la luna de miel. Y también recordé el accidente, su cara ensangrentada. Parece ser que ella salió con vida. Yo en cambio... prefiero no hablar.

>> La semana siguiente viví en un infierno. Me quedé en Madrid y fui recorriendo todos los sitios a los que habitualmente iba. No me dejaban entrar. Nadie me reconocía. ¿Quién reconocería a un muerto en un cuerpo distinto del suyo? Me quedaba a las afueras y espiaba a la gente a través de las verjas. Lo pasaba muy mal. Cada vez tenía más recuerdos. Al llegar a casa me desnudaba, y poniéndome delante del espejo, contemplaba la figura desproporcionada de un extraño. Quería salir de mi cuerpo. No quería estar allí.

>> Estoy de nuevo en mi habitación, perdón, en la habitación de Mario. Me niego a seguir viviendo de ocupa. Lo siento por Mario. Voy a matarlo. Sé que es un crimen y que arderé en los infiernos por ello. Pero no puedo continuar habitando un cuerpo que no es el mío, no puedo vivir una vida que no es la mía. No puedo, no puedo.

La joven, después de leer la carta, doblándola con cuidado la guardó en su bolso. Miró a su alrededor para ver que no se olvidaba nada y salió de la habitación. Antes de salir de la casa, echó un último vistazo al cuerpo sin vida recostado en la bañera. Observó los cortes en las muñecas y en el cuello.

- No tendrías que haberlo hecho - balbució. No quería que murieses. ¡Idiota!

Salió de la casa, siempre con cuidado de no dejar ninguna huella de su paso por allí, bajó las escaleras tranquilamente, pensando en todo lo ocurrido.

Se había equivocado. No quería que hubiese muerto. Ella no era una asesina, simplemente una ladrona. Bueno, es verdad que robaba las vidas de los demás, pero no es lo mismo robar que quitar. O por lo menos eso pensaba ella.

¿Cuándo se dio cuenta de que podría hacerlo? ¿Cuándo urdió todo el plan?

Hace muchos años, después de que descubriera su capacidad para manipular a los hombres, a los pocos meses de que su madre la echara de casa. Por entonces vivía con Jorge. Estaban hablando de ordenadores, del futuro. Su joven amigo decía lo siguiente:

- Vivimos en una sociedad estúpida, controlada únicamente por los ordenadores. Todo está en bases de datos. No se nos consideran personas sino números de identificación. Tú, dales tu número de DNI y te dirán hasta la marca de ropa interior que usas. Es horrible. Un hacker podría crear a una persona inexistente y ellos le enviarían la correspondiente carta de que está censado y todas las demás tonterías. Porque, a fin de cuentas, ¿por qué tengo diecisiete años? Porque así está escrito en un registro. Pero es que todo está tan automatizado que ese registro es un registro informático. Si yo me metiese en esos ordenadores podría dar de alta un montón de nacimientos y para el estado toda esa gente existiría. Pero es que ¡nunca han existido! ¿Te das cuenta, Patricia, de lo que digo? ¿Del poder que tienen las máquinas sobre nosotros?

Fue ese día cuando se le ocurrió la idea. Sabía que Jorge era un hacker experimentado, aunque no solía hablar de ello, siendo capaz de penetrar en las bases de datos del estado. Si unían su capacidad para dominar a los hombres con la capacidad de Jorge el resultado podría ser increíble. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si Patricia se casará con un millonario, e hiciesen creer a todo el mundo, incluso al propio interesado, que había muerto? Ella lo heredaría todo.

Pero el plan presentaba ciertas dificultades. Ella se sentía capaz de conquistar a cualquiera, por mucho dinero que tuviese. Eso sería fácil. Luego, tendrían un accidente, por ejemplo, volviendo de la luna de miel. Al ir solos todo el mundo creería su palabra. El cadáver de su esposo lo podrían quemar. El accidente podría ser tan dramático que todo el mundo supusiese que el joven quedó calcinado completamente. De esa forma se desharían del supuesto cadáver. Luego, Jorge, crearía una personalidad ficticia en las bases de datos del estado, dándole a su esposo una nueva vida. De esa forma no tendrían que matarlo, simplemente le robarían la vida. Pero, su esposo se daría cuenta. Lo recordaría todo. Se presentaría ante sus amigos, que le reconocerían al instante y todo el plan se perdería. Tenían, por una

parte, que conseguir que olvidase todo y por otra cambiar su físico. Lo del físico resultaba sencillo. Le harían la cirugía estética, cambiándole la cara, y le darían hormonas para que engordase. Durante todo este tiempo lo podrían mantener drogado. Con dinero seguro que encontrarían alguna clínica lo suficientemente discreta que se prestase a ello. Se le llegó a ocurrir incluso que le cortasen un poco las falanges de los dedos, para que cuando se viera las manos viera unos dedos más cortos de lo acostumbrado. De esa forma no se reconocería. También le hormonarían para que le creciese más bello. E incluso, buscarían la forma de que le salieran callos en las manos. Al ser un niño rico seguramente tendría unas manos impecables. Se las destrozarían para que, aunque recuperase la memoria, fuese incapaz de reconocerlas.

Patricia había oído hablar de ciertas drogas, no siempre efectivas al cien por cien, que hacían que la gente olvidase sus recuerdos. Podían tener algún efecto secundario que dañase a la mente, pero eso no le preocupaba. En su opinión, siempre sería mejor eso antes que matarlo. Buscó y encontró.

Explicó a Jorge su plan y el joven, que nunca se oponía a los deseos de su señora, aceptó ayudarla.

Mientras Jorge buscaba la droga y contrataba los servicios de una clínica adecuada para llevar a cabo el cambio, Patricia conquistaba a Celso. Inducir en el joven el sueño del accidente fue fácil. Mediante imágenes subliminales consiguió el efecto deseado. Después de la boda, llevaron a cabo el plan.

Las primeras semanas de la vida de Celso como Mario se desarrollaron bien. Parecía haber olvidado todo por completo, y sumiso, al carecer por completo de memoria, se convirtió en un dependiente. No reconocía a Patricia ni a Jorge cuando les veía por la calle. Ellos lo mantenían bajo observación. Pero, a las dos semanas, Celso dio signos de comenzar a recuperar la memoria. Urdieron un plan de emergencia. Se les ocurrió la idea de la posesión. Jorge se haría pasar por un hipnotizador y le harían creer que por un error quizás estaba poseído. De esa forma, en caso de recordar, no intentaría buscar otra solución y no investigaría más de lo necesario para la seguridad de los ladrones.

Patricia pensaba que se sometería a su nueva vida. A fin de cuentas, Celso, no destacaba por ser un rebelde. Pero se equivocó. No fue capaz de pasar de ser rico a ser pobre. En lugar de un dependiente tendría que haberle creado otro tipo de personalidad, más afín con su estilo de vida. Agente de bolsa o algo parecido. Se dio cuenta de su error cuando Celso le hizo notar que Mario sabía hablar inglés y francés. Pero un personaje tan vulgar como Mario nunca habría hablado esos idiomas.

Vale, lo reconocía, se había equivocado. Pero la próxima vez no ocurriría lo mismo.

Al salir por el portal, subió a un coche que la estaba esperando.

- Bueno, Jorge - dijo al conductor - vamos a por el siguiente. Con el próximo no cometeremos los mismos errores.

- Siempre a tus órdenes, mi querida Patricia.

- Le estoy cogiendo gusto a este juego.

Autor: AMLP